

con verdadera maestría, fundado en el carácter íntimo y en los procedimientos perdurables de Luis XVI. La inviolabilidad divertía el castigo de la frente del Monarca, y lo asentaba sobre la frente de sus ministros responsables: teoría verdaderamente constitucional. Así, Lindet pensó que, si mostraba cómo Luis XVI nunca tuviera en torno suyo ministros responsables, condensaba sobre la persona del Rey todos los furros del Parlamento, y le atraía, como un fulminante rayo, la capital pena. Con efecto; Luis XVI no supo jamás comprender lo que significaba dentro de la Constitución el poder ministerial responsable. Así, trató á sus ministros constitucionales y parlamentarios como si al antiguo régimen pertenecieran, y fuesen elegidos y revocados por su autoridad absoluta, sin audiencia ó intervención del Parlamento. A Turgot, su verdadero salvador, lo puso en la calle sin miramientos, después de haber servido el inmortal economista, por manera tan maravillosa, en su gobierno, al progreso, dentro de la Monarquía. De Necker no hablemos; pasó la vida el Rey sufriendo alguna que otra vez; pero, conspirando siempre contra su autoridad y contra su fortuna. Jamás abrió la puerta de sus consejos á Lafayette y á Barnave; no obstante la inquebrantable fidelidad que le profesaban uno y otro. En cuanto el Cuerpo legislativo le designó un gobierno parlamentario, no supo hacer otra cosa que combatirlo y disolverlo. Cada consejo del ministerio girondino, parecióle un tormento sin tregua y una humillación sin remedio, por lo cual, taimado y doble, le tendía los más traidores señuelos para poderlo, señuelos en que se prendió él mismo con torpeza, promoviendo así la tarde terrible del veinte de Junio, en que lo desacataron, y la madrugada no menos terrible del diez de Agosto, en que lo prendieron y lo destronaron. Para Luis XVI no existían consejeros suyos en las Cámaras; los tomaba todos en las camarillas. Un suspiro de la Reina, una mirada de sus hermanos, una reconvención de sus tías, un dicho de cualquier magnate poderoso, un temerario consejo de cualquier clérigo injuramentado, privaban más en su ánimo é influían más sobre sus determinaciones que la elocuencia del primer orador y la sabiduría del primer estadista conocido en Francia. Por tal razón, el acta reflexiva de Lindet, fundada sobre los errores constitucionales de Luis, produjo un efecto inmenso en la Cámara, conduciéndola con arte hasta la reanudación sistemática y continua del formidable proceso. Tal proceder de Lindet se comprende, porque Lindet pertenecía de suyo á la Montaña. Lo incomprendible para mí es el acto de Barbaroux en aquella misma sesión, ayudando al proceso, no obstante pertenecer, como pertenecía, en alma y cuerpo á la Gironda. Y he ahí la enorme responsabilidad contraída por este partido, ante la conciencia humana y ante la historia universal. Sus perplejidades le hicieron, si no reo, cómplice de todos los crímenes. Barbaroux se levantó en la Cámara tras Lindet, formulando todos cuantos motivos de queja pudiera tener de Luis XVI el pueblo, y con estas fórmulas, ingeridas luego en la oficial acusación de los convencionales, cortó la cabeza de su Rey, pero también cortó la cabeza de su partido.

Era el once de Diciembre, y Luis durmió con toda tranquilidad aquella noche, levantándose á las siete con algún siniestro presentimiento, mas sin género alguno de inquietud. Devotísimo observador constante de las prácticas religiosas, así que se levantaba, se ponía de hinojos en habitual y maquinaaria oración. Una hora duró el rezo de aquel día. Mas dieron las ocho, sonaron los cañones; y aquel redoble le produjo la emoción que al infeliz Edipo de la tragedia griega el trueno, anunciándole su crimen y su castigo. Como coincidió tal redoble de los tambores, con el término de las plegarias, paseóse Luis á largos pasos por su estancia, y adivinó en adivinaciones misteriosas cuanto se le venía encima. Con efecto, tras aquel ruido, parecióle oír el ruido que producen las herraduras de un escuadrón de caballería, en los pavimentos de las ciudades. Mas, aunque todo ello le despertara emociones sin medida ni número, dominóse cuanto pudo Luis, y marchó pausadamente á tomar con su familia el habitual y diario desayuno. La familia no se atrevió á decir nada, temerosa de aumentar el dolor común, sentándose príncipes y princesas maquinalmente, cada cual en sus sillas, mas sin decir nada con los labios, mostraban todo cuanto sufrían en los aspectos y en los visos del rostro. La preocupación de Luis era tan grande, que renunció aquella mañana contra su costumbre á la lección de geografía recibida por el Delfín de sus labios cuotidianamente, y dijo al muchacho, para disimular su agitación, le acompañase á una partida de juego, muy en moda entonces, bajo un extraño nombre, juego de Siam. En esta partida, sucedió un caso rarísimo, tomado por la superstición, como un presagio y agorería indudable. Cada vez que llegaba el Delfín al ordinal número indicador de los Luises habidos en el trono francés, al número diez y seis, perdía la partida. Por fin, hubo que suspenderla y salir, porque llegó el alcalde parisién, el secretario de ayuntamiento, el síndico de la Comunidad, el jefe de la milicia, preguntando por el Monarca, y diciéndole que llevaban orden de conducirlo á la Convención, y de presentarlo ante la barra. Mas esta presentación, aperebida por los convencionales, y aguardada por el Monarca, no pudo en tal momento de la notificación realizarse, porque al secretario se le habían olvidado, dejándolos en la Cámara, los documentos expresivos, de las disposiciones tomadas por la Convención republicana, respecto del Rey destronado. Luis supo conformarse con aquella dilación, según se conformaba con tantas otras contrariedades análogas, y esperó muy resignado cuanto quisieron esperara el cuitadísimo, mas no sin pedir le permitiesen la compañía del hijo, de quien lo habían separado en aquellos horrosos instantes. Mas los comisionados, á pesar de ir presididos por un médico tan filósofo y tan humano como Chambon, obedeciendo superiores órdenes, se negó á esta entrevista con implacable negativa. «¿Qué daño puede haceros, preguntó el Rey, un pobre niño de siete años?» La comisión creyó de su deber contestar á esta pregunta, y mostró al Rey, cómo debiendo estar separado por completo de su familia mientras durase el proceso, no se había querido exceptuar al muchacho, dejándole al cuidado y merced de Antonieta,

porque siempre, las madres, cuidan mucho mejor de sus hijos que los padres. Parecióle á Luis inútil recuse, insistir de nuevo en aquella no escuchada petición; y se puso á pasear por el cuarto con estremecimientos nerviosos, muy raros en él, por su fría nativa complexión. Después de haberse paseado como una media hora, sentóse junto á su lecho, y plegando las dos manos y convirtiendo arriba los ojos, permaneció absorto y enajenado en una meditación, la cual respetaran en profundo silencio y con reverencia verdadera, todos los presentes. Con efecto, los conspiradores arriba mencionados, que urdían la histórica célebre conjura en defensa y salvamento del Rey, informáronle como pudieron y cuanto pudieron, de lo dicho contra su persona en la Convención y repasaba en sus remordimientos, los cargos factibles, y en sus afectos, las defensas imaginables. Todo esto lo pudo hacer sin molestias, merced al carácter bondadoso de Chambon, elevado á la omnipotente alcaldía de París, más por sus méritos en la ciencia, que por sus méritos en la política. Chambon era naturalista, humano, filósofo; templadísimo de carácter y moderado de opiniones; con un corazón abierto á toda caridad; compasivo como todos aquellos de su profesión que se interesan por sus clientes y por sus enfermos; y por ende cumplía mal de su grado la terrible comisión que le confiaran, revelando la repugnancia sugerida en su corazón de hombre, por su oficio de magistrado. No así el síndico Chaumette. Plebeyo de nacimiento, aventurero de vocación, crecido y criado en una zapatería marselesa, lo triste de sus condiciones sociales y lo adverso de su personal suerte, le habían hecho atravesar medios ambientes diversos, en que todo buen carácter moral se resfría, y se adquieren enfermedades incurables, por los cambios bruscos de la temperatura social. Primero Chaumette fuera oficial de zapatero en Marsella, es decir, pilluelo de playa y de ciudad; después grumete, oficio en que había corrido grandes tempestades y mayores aventuras; más tarde seminarista, sin que le llamasen á tal oficio, incompatible con su temperamento, obediencias á profundas convicciones, sino necesidad de procurarse la pitanza; oficial de una escribanía cuando salió del seminario; fraile novicio, haciendo penitencias prácticas y arrastrando estameñas parecidas á disfraces; libelista en París de mucha intención; orador en los clubs de mucha facundia; y así el cambio social se le había subido á la cabeza, inspirándole confianza de llegar á todo; y las contrarias temperaturas bruscas, por que pasara, se le habían impreso en el rostro, dándole fisonomía de Proteo, tan varia como sus cargos y tan siniestra como sus viejas é inestirpables envidias á todo cuanto creía él superior ó elevado. Así, mientras Chambon presentaba semblante de respeto; presentaba Chaumette semblante de irreverencia y desacato.

De los diferentes caracteres, provinieron también los diversos procedimientos, empleados en aquella hora crítica con el Rey, por los célebres comisionados. Y así, mientras Chaumette se engallaba y erguía con verdadera insolencia; Chambon bajaba la frente á presencia del Monarca, considerándole, no como un Rey destronado, como un Rey en el

trono. Aunque todo cuanto debía en aquella hora triste hacer, contrastaba con su gesto respetuoso, Chambon creyó de una obligación moral incontrastable, atenuar con algunas dulces palabras, lo amargo de sus actos, y lo severo de su ministerio. Una dignidad melancólica, un acento conmovido, una frase respetuosa, un gesto reverente, atenuaron todo lo posible aquella espantosa notificación de los súbditos al soberano. Y dichas estas respetuosas palabras, Chambon requirió del secretario de la municipalidad, Colombeau, leyese los decretos de la Convención. Leídos éstos, después de haber protestado contra el apellido Capeto, como tenía de costumbre, Luis XVI declaró ceder, pero ceder á la fuerza y á la violencia. Vestido de frac, se puso un abrigo color de avellana, y cogiendo el sombrero, se dirigió con resolución á la puerta. En el pié de la escalera, por donde bajara, esperábalo el coche de Chambon, correspondiente al cargo de su alcaldía en París. Luis XVI entró con ligereza, colocándose, por indicación de sus carceleros, en el sitio más respetable y preferente. Los caballos partieron, las ruedas del coche sonaron; y la familia real no pudo ver la terrible partida. Confinados Delfín y princesas en el segundo piso de la torre, los tablones de tosca encina, puestos en las rejillas, les impedían llegar con los ojos á la puerta y al patio, desde donde acababa de partirse con los comisionados el desdichadísimo Luis. Este impedimento á un deseo tan legítimo, acongojó mucho el ánimo de la dinastía. Reina, princesas, Delfín, se pusieron de rodillas, y haciendo de aquella reja martirizadora un altar, oraron durante todo el tiempo que trascurrió entre la ida y la vuelta del Rey. Pálida su mujer, desgredado el cabello, errática la mirada, cruzados los brazos, puesta la frente sobre aquellos pedruscos parecidos á las aras del martirio, dirigióse calladamente al cielo en rezos continuos, para que diese á su marido el cielo, aquella presencia de ánimo, indispensable al atribulado en estos trances, y le conservase la razón fría y la palabra serena, consigüentes á su virtud y á su inocencia. Mientras tanto, parecía París una ciudad sitiada, según el número de soldados reunidos por todas partes y el sinnúmero de patrullas; más ó menos voluntarias, compuestas de milicianos nacionales, que discurrían por los más despoblados espacios. Las bayonetas relucientes en los aires, los cañones con sus bocas abiertas en el suelo, los piquetes de varias armas reunidos en las encrucijadas, tantos multicolores uniformes, tantas agudas picas, pendones por aquí, rótulos por allá, gritos de ¡quien vive!, como si llegase un asalto, escoltas apercebidas á menesteres múltiples, hacían de aquella república improvisada y dictatorial, un verdadero campamento, en donde se veía por todas partes la fuerza, y en parte ninguna la justicia. Para convencerse de cómo la Convención lo temía todo, y de todo recelaba, no hay más que pararse á contemplar la regia escolta, guardadora del Monarca desde los castillos del Temple al monasterio de los Fuldenses. No era una escolta que se apercebía para un sólo personaje, no, era un cuerpo de verdadero ejército, formado por todas las armas principales. Abrían paso escuadrones de gendarmes; tras estos escuadrones, rodaban tres

piezas de artillería con sus correspondientes artilleros y sus tres cajas de municiones; tras estas piezas y estas cajas, iba Luis, flanqueado por dos hileras en columnas de soldados, que henchían, desde las aceras hasta los arrollos en las calles. Un escuadrón de caballería, iba por la retaguardia, con todas sus armas apercebidas para un caso grave y un asalto súbito, cerrando la militar procesión, cañones y artilleros sin cuento, como si aquella comitiva fuese, no á un tribunal regular, á una sitiada fortaleza. Cada soldado llevaba diez y seis cartuchos por cabeza, y cada batallón de infantería y cada escuadrón de á caballo, recibió su orden de formar en batalla, cuando amenazara el menor peligro ó asomara por cualquier parte el menor motín. Así, aunque los vidrios del coche estaban bajos, y las cortinillas subidas, ningún curioso pudo ver al Monarca, oculto tras una cortina espesa de acerados fusiles. El pueblo buscaba instintivamente al Rey. Pobladísimas las ventanas, cargados los balcones, llenos los árboles del boulevard con racimos de juguetones muchachos, henchidas las calles de curiosos, el pueblo miraba de hito en hito al Rey sin apenas verlo, y el Rey miraba al pueblo, sin oirlo ni comprenderlo. La curiosidad predominó en el público, la indeferencia en el Rey. La mirada triste de miope que á este distinguiera, lo vulgar de sus facciones no realizadas por la patina del cautiverio, su palidez de ordinario enfermo, y su barba desgredadísima por no haberse podido peinar en los últimos días, ni afeitarse á causa de haberle quitado navajas y peines, su crasitud burguesa y su dejadez irremediable, no podían atraerle ninguna simpatía, y pasó entre la curiosidad; pero entre la indeferencia general también.

Hoy mismo puede, cuando quiera, cualquier aficionado á las evocaciones históricas, recorrer el espacio recorrido por Luis XVI desde los pedruscos del Temple á los salones de la Convención. Háse convertido el castillo de piedras señoriales en mercado de ropas y muebles viejos, como aquí el Rastro; la casa donde vivía el parlamento convencional se ha trocado en el término de tan espléndido sitio como la calle de Rivoli, pues por todas partes se han abierto en París amplias vías; mas, recorriendo la línea de los boulevares, desde sus comienzos casi, un poco más abajo de la Bastilla, y tomando por la plaza Vendôme y calle de la Paz, dáis bien pronto en los Fuldenses, de los cuales, si queda memoria histórica, no queda ni rastro, ni huellas materiales. Yo, muy aficionado á la Historia revolucionaria, tan cultivada por todos los franceses, pues á su grande interés dramático se une un grande interés político, cual perdurable litigio que es entre la reacción y la revolución; he recorrido muchas veces, evocando las escenas ahora descritas y sobre su transcendencia real á todos los tiempos y á todas las generaciones meditando, esta larga calle de amargura, cuyos espacios conservan las estelas de horror dejadas en la memoria humana por la pasión y muerte del desgraciado monarca. Igual curiosidad tuviera un día en Roma, recorriendo con parecida emoción el trayecto recorrido por César la tarde aquella espantosa en que lo mataron, desde su casa pontificia, tan célebre, hasta el sitio, no

menos célebre, donde se reunía en aquella sazón y momento el patricio y parlamentario Senado, enemigo implacable del dictador y de la dictadura. Aun podéis recorrer cuantos así lo queráis la carrera de César, pues toda está señalada y descrita en arqueológicas geografías del antiguo romano recinto. Pero volvamos al Monarca Luis y á nuestra historia trágica. El pueblo, ya lo hemos dicho, calló con asombro parecido á respeto, mientras el Rey callaba también por su parte, con estoicismo parecido á indiferencia. Sin embargo, la grande facultad familiar de todos los Borbones, la memoria, no le abandonó un punto, y leía los rótulos de las calles como escolar en vacaciones; y sobre cada calle, ó bien hacía en alta voz con oportunidad algunas observaciones, ó bien dirigía con cariño algunas preguntas á sus compañeros é interlocutores del coche. Al pasar por las puertas de San Dionisio y San Martín, la una ornada con remedos florentinos, mientras la otra, semejante á un imperial trofeo, aparatosa como Versalles y grande como el rey Sol, no pudo menos Luis que sentir profundas emociones despertadas por dinásticas reminiscencias, y preguntar maquinalmente si era verdad iban los regidores parisienses á demoler uno de aquellos dos monumentos. No puede menos cualquier historiador, aunque muchos viejos quiera tomar con épicas alas por las alturas de tal tragedia, sino pararse ante las anteriores minucias relativas al Rey, pues ellas muestran la completa pasividad fisiológica de su complexión corporal y la serenidad imperturbable de su estóico ánimo, de su espiritual complexión psíquica. Pasar desde Agosto á Diciembre atormentado en el Temple; sufrir los cambios bruscos de temperatura moral consiguientes á caer desde las cimas del trono en las escalas del cadalso; devorar, tras los combates y los asaltos á su palacio, las amarguras del destronamiento; ver consigo atormentadas las personas más queridas de su alma, pedazos vivos de su corazón, la esposa, la hermana, los hijos, víctimas de aquel tormento, donde le malherían desde las entrañas á la conciencia, presentarse ante una Convención compuesta por sus enemigos; ignorar lo que van á decirle, ó sabiendo tan sólo que van á decirle abominaciones muy espantosas; y sin embargo, no tener sombra ninguna en los ojos, ni ceño en el entrecejo, ni amargor en la sonrisa, ni sacudimiento en el cuerpo, ni odios en el pecho, ni quejas en el descolorido labio, demuestran cómo no ha nacido en los tiempos un hombre cual aquel, un hombre con tales disposiciones al martirio, hombre tan extraño, dada su ascendencia genealógica y su atávico mayorazgo, que parece descender de todos los opresos y no de todos los tiranos; nieto de mártires, no nieto de verdugos. Mas, así era Luis XVI; y, como así era, pasó por aquellos boulevares, donde le llevarán tantas veces en procesión y en triunfo, sin delatar emoción alguna; miró las puertas de San Martín y San Dionisio, arcos triunfales y trofeos históricos de sus ilustres abuelos, todos muertos en el trono, como pudiera mirar en un museo viejos y arqueológicos objetos; vió las tropas, destinadas por él á su resguardo y seguro, convertidas en resguardo y seguro de sus implacables jueces y eternos enemigos, sin decir una sola palabra; pasó por la